

tar el circo hasta el Glaciar Blanco, lo que supone aproximadamente una hora de marcha; después se pasa por debajo de su lengua terminal y se asciende una nueva muralla que es la que mantiene encajonado al glaciar. Arriba hay un pequeño llano que permite recuperarse y que ofrece una buena vista sobre el Pelvoux. El refugio del Glaciar Blanco (2.550 mts.) ya está cerca, pero no es necesario llegar hasta él, basta con bordearlo. Aquí aparece de nuevo un fuerte repecho, pero en cuanto se alcanza el curso del glaciar la pendiente decrece rápidamente. En lo sucesivo se va remontando suavemente el glaciar por su margen izquierda, con el inconveniente de tener que andar sorteando bloques de piedra; cada vez con mayor frecuencia hay que meterse en el glaciar: al principio para evitar zonas abruptas y después porque resulta el camino más cómodo.

Ya tenemos a la vista el macizo de Les Ecrins, de donde parte el glaciar que venimos remontando, y por fin aparece también el refugio Caron. Está situado sobre un promontorio rocoso a unos 50 mts. por encima del nivel del glaciar y para alcanzarlo hay dos opciones: avanzar por el glaciar hasta situarse a su altura, ascendiendo después en zig-zag, o bien abandonar el glaciar unos 500 metros antes e ir subiéndolo en diagonal por entre las rocas. Este refugio tiene las mismas características que el de Pelvoux; tampoco es necesario llevar saco. Desde Pré de Madame Carle (1.874 mts.) hasta aquí (3.170 mts.) habíamos tardado algo menos de cuatro horas.

En la madrugada del día siguiente, al abandonar el refugio, el cielo estaba completamente despejado y aún brillaban las estrellas; la temperatura era también muy favorable: un grado bajo cero. A la luz de las linternas descendimos dando traspiés por la pedrera que baja hasta el borde del glaciar, y como la ascensión iba a ser totalmente en nieve, aunque en este lugar el glaciar es completamente llano, nos pusimos ya los crampones para andar con más soltura. Tardamos algo más de media hora en recorrer el resto del glaciar y alcanzar el fondo del Circo. El paraje resulta pintoresco: el glaciar, casi llano y apenas sin grietas, discurre encajonado entre dos formidables cresterías de abruptos paredones graníticos, teniendo por fondo la soberbia mole, siempre blanca, del macizo de Les Ecrins. Mientras nos encordábamos desapareció la luna y lo alto de la imponente muralla a cuyos pies estábamos, se iluminó con los primeros rayos del sol.

La ascensión se inicia por la derecha del macizo, tomando una fuerte pendiente situada exactamente entre dos corredores con huellas de frecuentes avalanchas. Después se superan unos pequeños seracs con alguna que otra grieta y se efectúa una larga travesía hacia el lado opuesto del macizo, en tanto que se va ascendiendo muy suavemente.

La mayor satisfacción de toda la ascensión nos la proporcionó precisamente esta travesía: íbamos caminando por el lomo de una muralla de



La Barre de los Ecrins.

seracs cuando sentimos la caricia del sol que acababa de elevarse sobre las cumbres más próximas; hicimos un alto, dirigimos la vista en aquella dirección y pudimos contemplar a lo lejos una silueta inconfundible que emergía muy por encima de las cimas que la circundaban; se trataba evidentemente del Mont Blanc.

Una vez finalizada esta travesía se emprende un breve zigzaguo a causa de una nueva barrera de seracs e inmediatamente hay que enfrentarse a la más dura de las pendientes, que se eleva justamente hasta el pie de la Barre. Siguiendo la base de esta cumbre, se realiza una nueva travesía en dirección opuesta a la anterior, para alcanzar la horcada que separa las dos máximas cotas del macizo: La Barre (4.102 mts.) y el Dôme de Neige (4.015 mts.). Llegados aquí, hay que elegir entre una de las